



Caribbean Studies

ISSN: 0008-6533

iec.ics@upr.edu

Instituto de Estudios del Caribe

Puerto Rico

Álvarez Curbelo, Silvia

Sangre colonial: La Guerra de Corea y los soldados puertorriqueños

Caribbean Studies, vol. 36, núm. 1, enero-junio, 2008, pp. 219-223

Instituto de Estudios del Caribe

San Juan, Puerto Rico

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=39214802025>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

well as hearing its music. These documentaries demonstrate beautifully that, while it is perhaps impossible to capture the *lwa* on film, it is possible to picture and acknowledge the incredible work that is done in their service.

References

- McCarthy Brown, Karen. 2001. *Mama Lola: A Vodou Priestess in Brooklyn*. Berkeley: University of California Press.
- Deren, Maya. 1953. *Divine Horsemen: The Living Gods of Haiti*. New York: Documentext, 1953.
- Deren, Maya. 1985. *Divine Horsemen*. Mystic Fire Video
- Demme, Jonathan. 2005. *The Agronomist*. New Line Home Video.

Sangre colonial: La Guerra de Corea y los soldados puertorriqueños

Silvia Álvarez Curbelo
University of Puerto Rico
Río Piedras Campus
salvarezcurbelo@gmail.com

***The Borinqueneers*. Documental escrito, producido y dirigido por Noemí Figueroa Soulet, narrado por Héctor Elizondo (inglés), David Ortiz Angleró (español). Inglés/español con subtítulos. El Pozo Productions, 2007. DVD. 78 minutos.**

A sí como los testimonios de los soldados afroamericanos y de los soldados de ascendencia mexicana que participaron en las guerras norteamericanas del siglo 20 remiten al anhelo respectivo de superar la divisoria racial-esclavista y el discrimen a las “espaldas mojadas”, las memorias de guerra de los soldados puertorriqueños manifiestan un abigarramiento simbólico más complejo. El documental *The Borinqueneers*, recientemente exhibido por Public Broadcasting System (PBS), confirma que, en la experiencia militar de los puertorriqueños, ciudadanos de Estados Unidos desde 1917, en las Fuerzas Armadas de Estados Unidos, cohabitan en relación inestable dos patriotismos, resistencias y fidelidades, idiosincrasias y mentalidades locales con imaginarios de democracia y el “*American Way of Life*”. En la pieza producida, escrita y dirigida por Noemí Figueroa Soulet, una hija de la diáspora

puertorriqueña a las ciudades del este de Estados Unidos en la segunda posguerra, se narran los avatares del Regimiento 65 de Infantería, una unidad compuesta casi en su totalidad de puertorriqueños y con una oficialidad mixta de norteamericanos y puertorriqueños, durante el conflicto de Corea (1950-1953).

Hace más de una década, Figueroa Soulet emprendió una cruzada para armar lo que es también un alegato a favor de decenas de soldados del 65 convictos por cortes marciales a condenas desproporcionadas y deshonra por negarse a pelear con el enemigo y desobedecer las órdenes de sus superiores. El resultado ha sido un relato sobrio, informativo, melodramático en ocasiones (porque es también una crónica de emociones), y fidedigno de unos sucesos precipitados ya cuando la guerra de Corea se acercaba a su fin y las conversaciones de paz llevaban más de un año de iniciadas. En todos estos años hasta el estreno de *The Borinqueneers* en 2007, Figueroa Soulet, con admirable tenacidad, recaudó fondos, escudriñó archivos, entrevistó a sobrevivientes, se reunió con expertos y aprendió a hacer cine. Se trata, en última instancia, de una obra de amor y de una procuraduría por la justicia que aún no llega a los veteranos y sus familiares.

El Regimiento 65 de Infantería fue una de las primeras unidades en activarse al iniciarse las hostilidades en Corea en junio de 1950. Meses antes había ganado en unos ejercicios anfibios celebrados en Vieques frente a la Tercera División, la unidad más condecorada del ejército norteamericano durante la Segunda Guerra Mundial, lo que le valió la atención de los altos mandos preocupados por la pobre preparación militar en plena Guerra Fría.

Confundido entre llorosos familiares “que venían a decirle adiós a los muchachos” (como dice la canción del compositor puertorriqueño Pedro Flores), oculto en los escapularios religiosos prendidos por fervorosas madres en las camisetas militares de sus hijos, Luis Muñoz Marín, el primer gobernador electo por los puertorriqueños, despidió a los soldados del 65 de Infantería cuando embarcaron rumbo a Corea en agosto de 1950. En momentos en que la isla se aprestaba a redactar una constitución y asumir el nuevo ordenamiento político de Estado Libre Asociado, el soldado simbolizaba el tránsito de la colonia de plantación que era Puerto Rico desde 1898 a un pacto autonómico “entre iguales”.

De septiembre de 1950 a mayo de 1951, el regimiento puertorriqueño se convirtió en la unidad más efectiva en un conflicto que sería la primera guerra “no ganada” por Estados Unidos en el siglo. Apodados “la brigada de incendios”, los boricuas eran llamados para resolver las situaciones más intrincadas. El 24 de diciembre de 1950, fueron los últimos en abandonar el puerto de Hungham tras haberle salvado el pellejo a la Primera División de la Infantería de Marina (Marines), en plena

huida de la contraofensiva china.

A lo largo de este período, los *Borinqueneers* (adaptación de Borinquen, nombre indígena de la isla) fueron los primeros en cruzar el río Han; protagonizaron una de las más feroces operaciones en el Triángulo de Hierro y prácticamente recorrieron toda Corea en la errática campaña del General MacArthur. Luchando contra un frío que descendía en ocasiones a -40 grados, contra el terreno de tundra y la intervención formidable de miles de voluntarios chinos, la unidad se sostuvo en cohesión gracias a resortes culturales de identidad y el liderato de sargentos probados en la Segunda Guerra Mundial.

El documental registra en las narraciones de los veteranos puertorriqueños y de sus oficiales, muchos de ellos norteamericanos, cómo el 65 estuvo más días bajo fuego, cubrió más territorio, capturó más combatientes enemigos y experimentó menos desertiones que la mayor parte de las unidades participantes. Pero también cómo se le escatimó reconocimiento hasta el punto en que ninguno de sus integrantes obtuvo la Medalla de Honor, la más alta distinción militar, a pesar de actos probados de heroísmo y efectividad en el campo de batalla.

De mayo a diciembre de 1951, el país enterró a sus mártires de guerra y esperó conmovido y lleno de orgullo a sus héroes. Se declararon días de fiesta y miles de personas acudieron al puerto a recibirlos. Al son de guarachas y boleros (el conflicto generó en Puerto Rico una gran producción musical que rezuma nostalgia, valentía y relatos de amores ausentes) los soldados bailaron con Doña Inés, la esposa del gobernador y Doña Felisa, la alcaldesa de San Juan, que representaban a las miles de mujeres que habían esperado; a las madres que habían hecho promesas sin dejar de rezar el rosario; a las novias en espera cosiendo el ajuar y a las esposas que habían criado hijos sin padre. Ceremonias de condecoración, la dedicatoria de nuevas avenidas, las suscripciones populares para regalarles casas o extremidades artificiales a aquellos que como el legendario Cabo Gómez habían regresado lisiados reforzaron la heroicidad y simbolismo de los soldados.

El inicio de las conversaciones de paz durante el verano de 1951 presagiaba el final del conflicto. Tanto desde el punto de vista estrictamente militar como desde el simbólico, el regimiento parecía haber descargado su función admirablemente. Para el Estado, el capital metafórico detonado por la participación puertorriqueña en la guerra no sólo era enaltecedor sino oportuno. Tras la Revuelta Nacionalista de 1950 y los intentos de asesinato del gobernador Muñoz Marín y del Presidente Harry S. Truman por parte de militantes del nacionalismo, los soldados del 65 constituían una respuesta contra la “sangre estéril” de la revolución.

Pero en el guión simbólico, la guerra de Corea no terminó cuando

debió terminar. Las conversaciones de paz se empantanaron como los caminos coreanos y el conflicto erosionó hasta tornarse en una irracional lucha por pulgadas más o menos de terreno; por colinas peladas que de día pertenecían a los norteamericanos y de noche a los coreanos y chinos. Como condensa uno de los veteranos entrevistados: "*War is confusion. It is not even organized confusion*".

Tras el relevo de William Harris, el comandante que lo había traído desde Puerto Rico y la salida de los sargentos que habían velado por sus soldados, los lazos socio-culturales que alimentaron la cohesión del regimiento se debilitaron inexorablemente. Las redes populares de solidaridad que cobijaban a aquellos soldados que habían ido "...a pelear a otras tierras...", quedaron neutralizadas por la creciente irracionalidad del conflicto.

El nuevo comandante del regimiento, el puertorriqueño Juan César Cordero Dávila intentó enderezar el curso recurriendo abiertamente a la motivación patriótica. Exhortó una y otra vez al regimiento a no desfallecer y a duplicar en el campo de guerra el heroísmo cívico de un país que había proclamado el Estado Libre Asociado en julio de 1952. Pronto llegarían a Corea las primeras banderas puertorriqueñas que se plantarían en las cimas conquistadas. No obstante, para el otoño de 1952, las bajas boricuas comienzan a mostrar proporciones alarmantes. A fines de septiembre ocurrió el desastre de la colina Kelly. Los partes de guerra en los periódicos de Puerto Rico hablan de *los cadáveres boricuas que cubrían la colina*. Cordero Dávila fue relevado del mando y en su lugar se nombró a un comandante norteamericano una de cuyas primeras órdenes tuvo el efecto de una castración: mandó a afeitarse el bigote a todos los soldados de la unidad.

Semanas después de Kelly, unos graves incidentes de insubordinación involucraron a casi 300 soldados del regimiento. Alrededor de cien fueron convictos y condenados en juicios relámpagos a penas que fluctuaban entre los dos y los dieciséis años. Un clima generalizado de racismo y tratamiento desigual se advierte en los procedimientos tanto en los alegatos de la parte acusadora como en las débiles e indiferentes defensas provistas por abogados militares de oficio.

En uno de los juicios, uno de los abogados planteó que no se debía juzgar a un pueblo o a una nación con los criterios que se aplicaban a los norteamericanos y que su defendido tenía una edad emocional de doce años. Gilberto Villahermosa, un experto en historia militar, revela en el documental que un mes después de los eventos en Jackson Heights unidades del Regimiento 15 de Infantería se comportaron de manera similar ante órdenes claramente suicidas pero que ningún soldado de esa unidad blanca fue procesado.

Los incidentes de Jackson Heights no se conocerían en Puerto Rico

hasta los primeros días del Año Nuevo cuando las cartas dolorosas y estupefactas de los detenidos comenzaran a llegar a sus familias. Una operación militar de escasa importancia que no figura hoy sino como referencia casual en los libros sobre la guerra coreana se convirtió entonces en el episodio que iluminaría todas las complejas y antagónicas significaciones del 65, que fue desbandado como unidad regular en 1953.

Con testimonios conmovedores, entre ellos el del Coronel Carlos Ramírez Betances, relevado por De Grave como “chivo expiatorio” por el desastre en la colina, *The Borinqueneers* confirma que la infantilización del sujeto colonial y el discrimen étnico plagaron la atropellada secuencia de las cortes marciales y el destino final del 65 de Infantería.

Con *The Borinqueneers*, Figueroa Soulet provee nuevas apreciaciones en torno a lo que el historiador Clay Blair (1987) llamó “la guerra olvidada” y en la que participaron cerca de 45,000 puertorriqueños. Al calor de la documentación depositada en archivos puertorriqueños y norteamericanos, de la abundante crónica periodística que reseñó la saga de guerra de los boricuas en suelo coreano y de sus familiares en Puerto Rico y sobre todo, de los impresionantes testimonios de sus veteranos, es posible hoy iluminar la espesura simbólica de la sangre colonial y descubrir enlaces insospechados con la hora actual puertorriqueña.

Los momentos más importantes de inflexión en la historia de Puerto Rico a lo largo del siglo 20 estuvieron vinculados de manera entrañable a las guerras. En esto no nos distanciamos del pulso del mundo en la centuria que recién concluyó. Como ha señalado Eric Hobsbawm, en su admirable síntesis titulada *The Age of Extremes* (1995), el siglo 20 fue un tiempo definido por la guerra. Los testimonios de soldados incluidos en *The Borinqueneers* no sólo portan claves de significación para entender los procesos profundos de modernización y la complicada de relación con Estados Unidos que describen ese siglo para Puerto Rico sino sirven para comprender esta nueva centuria, que se ha iniciado otra vez, para desgracia de todos, con el sonido ominoso de los tambores de guerra.

Referencias

- Blair, Clay. 1987. *The Forgotten War. America in Korea: 1950-1953*. New York: Times Books.
- Harris, William W. 1980. *Puerto Rico's Fighting 65th U.S. Infantry. From San Juan to Chorwan*. California: Presidio Press.
- Hobsbawm, Eric. 1995. *The Age of Extremes. A History of the World, 1914-1991*. Nueva York: Pantheon Books.